

UN HOMBRE PROVIDENCIAL (*)

Alfonso de Jesús Alfonso Vaz

Nacido hace cien años en Mucuchíes, el 22 de septiembre de 1902, apenas a los 13 años ingresó en el Seminario Conciliar de Mérida, donde se distinguió por su privilegiado talento y profunda piedad.

Poco tiempo llevaba en el Instituto, cuando el Obispo Monseñor Doctor Antonio Ramón Silva, confirió las sagradas órdenes a un grupo de alumnos mayores, y los del Seminario menor sirvieron al altar en la sagrada ceremonia, terminada la cual todos seminaristas pasaron al Palacio Episcopal y el Señor Obispo fue saludando, uno por uno, a los recién ordenados, en fila de los agradecidos se colocó de último José Humberto; Monseñor le pregunta: ¿Qué recibiste?. El alumno respondía la tonsura, el lectorado, etc., al llegar al último joven obispo tuvo en sus manos la del novel estudiante y sonriente él preguntó ¿José Humberto y tu que recibiste?, Y el inconscientemente, pero en toda verdad, contestó al venerable prelado: *A mí me dieron la Mitra*, una sonora carcajada resonó en el Salón del Trono, y el muchacho sin inmutarse añadió: *Sí me dieron la Mitra* el Señor Obispo lo miró fijamente y con voz profética anunció: *Un día la tendrás*. Esta profecía fue para él un calvario, pues cada vez que realizaba algo, sus burlones compañeros, le recordaban *un día la tendrás*. Entre alegrías y tristezas pasó los años del Seminario merideño y en 1924 fue enviado a Roma para terminar sus estudios teológicos.

El 23 de noviembre del mismo año 1921, pronuncia en el Salón de actos del Pontificio Colegio Pío Latino americano, su primer discurso: **Elogio a España**. Los Cardenales, Obispos, Embajadores y escogido público que asistió, se manifestaron admirados ante la elocuencia del joven seminarista venezolano, quien pasó a ser uno de los oradores del Colegio Pío Latino en Roma, en las grandes ocasiones.

(*) Tomado de *La Religión*. Edición especial, Caracas, 22 de septiembre de 2002, p. 14.

El 22 de agosto de 1926, en la ciudad de los caballeros, recibió la ordenación sacerdotal de manos del Excelentísimo Señor Nuncio Felipe Cortesi, de paso en Mérida, regresó a la ciudad eterna para obtener con las más altas calificaciones el título de Doctor en Derecho Canónico.

Uno de sus primeros oficios fue la Parroquia de Santa Cruz de Mora, donde a lomo de mula le correspondía administrar los sacramentos a los enfermos, predicar a los campesinos en las misas dominicales y preparar a los niños de Primera Comunión y hacer todos los oficios de un sacerdote rural. Cumplía así con el lema que había colocado en el recordatorio de su ordenación sacerdotal: *No he venido a ser sino a servir*, toda su meritoria vida podía resumirse perfectamente en esa frase del Divino Maestro

Fue Monseñor José Humberto Quintero polifacético, la poesía, la pintura, la oratoria, la diplomacia, su gran talento lo presentaron ante quienes tuvimos la dicha de tratarlo, como hombre fuera de serie. Todo esto unido a una sencillez impresionante y al mismo tiempo un talento único.

Cuento lo que nos aconteció un día en Roma, mientras le hacía de acompañante, se salía de una fraternal audiencia concedida por su Santidad Juan XXIII, dentro del auto en una callecita de la ciudad eterna y me dijo: *en esta tratoría se come bien y cómodamente*. Monseñor Quintero pidió una pasta y luego carne con ensalada, yo escogí lo mismo, al final del segundo plato me dijo: *que buena esta carne de cordero*. Eminencia, le dije: *me perdona, pero esto no es cordero*, llamó al mozo y señalando el plato casi vacío le pregunto: *no es cierto que esto es cordero?*. El mesonero muy sonriente le contestó: *no Monseñor, eso es asno*. La palidez de mi rostro y el gesto de repugnancia que instintivamente demostré, lo impresionó mucho, enseguida reaccionó diciéndome, *el burro es un animal decente, es herbívoro y no come como el cerdo que ayer lo tomamos sin ningún asco*. ¿Pedimos otra ración?. *No Eminencia, por muy decente que sea el asno no como más*. Estas ocurrencias podían multiplicarse con quienes lo tratamos de cerca.

Su elección para el Arzobispado de Caracas fue para él, algo realmente inesperado lo contaba así: Cuando la muerte trágica de su predecesor Monseñor Rafael Arias Blanco, el 29 de septiembre de 1959, Monseñor Quintero entonces Obispo coadjutor de Mérida se encontraba casualmente en Roma, a donde había ido para cumplir con la visita *ad limina* en lugar del Arzobispado Monseñor Acacio Chacón.

Al enterarse Juan XXIII de la triste noticia del fallecimiento de Monseñor, pidió al Cardenal Lamorè, encargado de los asuntos latinoamericanos de indicarse algún candidato para le Sede Caraqueña, Monseñor Lamorè le indicó

que precisamente al día siguiente tenía audiencia con su Santidad del Obispo Coadjutor de Mérida, quien parecía el más calificado para Arzobispado de Caracas.

Por su parte Monseñor Quintero que iba a pedir en la audiencia que le aceptara la renuncia de la coadjuntura de Mérida, decidió no hablar del asunto, no se pensase que quería la vacante de Caracas. La Audiencia Papal transcurrió sin ninguna cosa digna de mención; sin embargo al final Juan XXIII le pregunto a Monseñor Quintero, cuándo pensaba regresar, Monseñor le indicó que pasados ocho días saldrían para Venezuela, el Santo Padre le dijo: *Venga a despedirse la víspera del viaje*. Monseñor Quintero le pareció sospechosa la invitación y comenzó a prepararse para no aceptar. El día y hora fijados tuvo lugar el nuevo encuentro y el Santo Padre, sin muchos preámbulos le dijo *Yo quiero que usted vaya de Arzobispo de Caracas*. Monseñor Quintero con su discurso de no aceptación, dijo que Caracas para él era una nueva diócesis desconocida, que él había pasado toda su vida entre las montañas andinas, que había otros más aptos para ese cargo, etc., cada instante Juan XXIII asentía con un movimiento sede cabeza, ante lo cual. Monseñor Quintero creyó que había convencido al Santo Padre.

Cuando terminó de hablar, el Papa, sin cambiar de movimientos le dijo: *Eso y mucho más dije yo cuando me nombraron Papa, por lo tanto vaya a Caracas y cuente conmigo*. Sé acabó el asunto, y Monseñor José Humberto Quintero calladamente se volvió a Mérida, mientras tanto el Nuncio Monseñor Rafael Forni, a quien Dios haya perdonado, se dirigió a la Cancillería de Caracas, llevando en la mano el telegrama del Vaticano y moviéndolo como si se tratase de un cuadro de caballos, mientras decía: *No ganó nadie*. Más aún tuvo la peregrina idea de pedir al Ministro de Relaciones Exteriores que enviase una comisión a Roma para rogarle encarecidamente al Santo Padre que reconsiderase ese nombramiento.

Con ese propósito partieron para Roma el Señor Gonzalo Barrios (AD) y el Dr. Aristides Calvani (COPEI), y acompañándolos el Dr. Edgar Sanabria, entonces embajador ante la Santa Sede, fueron a entrevistarse con Juan XXIII, quiso la Divina Providencia que por indisposición (fuerte gripe) del Santo Padre, se suspendieron las Audiencias, por lo cual los tres ilustres venezolanos, fueron recibidos por el Cardenal Lamorè, encargado de los asuntos eclesiásticos para Latino América. Los tres venezolanos expresaron a su eminencia que deseaban pedirle humildemente a su Santidad Juan XXIII a nombre de los católicos venezolanos, que reconsiderase el nombramiento para Caracas de Monseñor Quintero. El Cardenal les preguntó: *¿Ustedes vienen a nombre de los católicos de Venezuela?*, Si Eminencia, respondieron. Pregunta de nuevo el Cardenal: *¿Tienen ustedes algún documento de la Conferencia Episcopal venezo-*

lana, que los acredite para hablar en nombre los católicos de Venezuela? No Eminencia, pero nosotros tres somos católicos comprometidos con enemigos de la Iglesia, pero siendo ustedes católicos saben perfectamente que para nosotros un deseo del Santo Padre, es una orden terminante. Por lo tanto la misión de Ustedes, es convencer a su Gobierno que acepten el nombramiento del Monseñor Quintero, yo sé que eso es difícil, pero cuenten con mis oraciones y que el Señor los bendiga.

Regresaron a Caracas para decir que nada se podía hacer. Sin embargo el Dr. Rafael Caldera tuvo en Mérida una entrevista personal con Monseñor Quintero, quien manifestó que él venía para Caracas, únicamente por exigirlo el Santo Padre, es decir por voluntad de Dios, y no por gusto personal. Todos estos trámites duraron casi un año, hasta que el Presidente Rómulo Betancourt preguntó: *¿Pero hay algo grave contra ese Padre? Yo no quiero conflictos con el Vaticano.*

Por fin el 31 de agosto de 1960, se publicó el nombramiento como Arzobispo de Caracas, el 16 de enero de 1961 recibió el Capello Cardenalicio, como Primer Cardenal venezolano. El Nuevo Nuncio Monseñor Luigi Dadaglio, había asegurado al gobierno que nunca se arrepentiría de tener como Arzobispo a Monseñor José Humberto Quintero.

Entre las muchísimas obras realizadas por el primer purpurado venezolano, creo sin temor dudas, que la más grande fue el convenio entre Venezuela y la Santa Sede, creo sin temor a dudas, que la más grande fue el convenio entre Venezuela y la Santa Sede, firmado el 7 de marzo de 1964 y que acabó con el humillante patronato que tenía esclavizada a la Iglesia en Venezuela.

Basta este hecho para señalar al Cardenal José Humberto Quintero como el hombre Providencial para los católicos en Venezuela. Fue tal el entusiasmo de Monseñor Quintero por este logro, que además de una carta pastoral, escribió también un libro, con toda clase de detalles, sobre el convenio de Venezuela con la Santa Sede, fue este un deseo ardiente del Padre de la Patria, que lo hizo realidad, el primer Cardenal venezolano.

Este pastor providencial, organizó a petición del Coronel Carlos Delgado Chalbaud, entonces Presidente Provisional de la República, el servicio de Capellada General de las Fuerzas Armadas; creó nuevas parroquias, dividió generosamente la Arquidiócesis para dar vida a nuevas Diócesis; realizó el sueño de un Seminario para vacaciones de adultos, estableció y dispuso los archipiélagos y las vicarías parroquiales para atender a los barrios mas necesitados.

Cuando Monseñor Quintero se entrevistó por primera vez con el Presidente Betancourt, hubo este diálogo: *Como Arzobispo de Caracas debo preocupar-*

me por todas las almas de Caracas, entre las cuales se encuentra usted, -Es cierto Monseñor pero yo soy agnóstico. -Tengo una oración para las personas incrédulas, yo se la enseño si usted me promete rezarla diariamente. - Si no me compromete yo la diré diariamente, ¿cómo es? Dice así: Señor, si existes, salva mi alma, si es que la tengo, el Presidente la repitió y añadió: Como no me compromete yo la diré todos los días.

Pasaron unas semanas y Virginia Betancourt, la hija de Betancourt, se encontró con el Cardenal y le dijo: - *Monseñor mi padre esta rezando una oración que usted le enseñó, ¿cómo dice?. - Señor salva mi alma si es que la tengo. - Que bueno, ya adelantó bastante.*

Su excelencia nunca perdió la oportunidad de hacer bien. Lleno de méritos y con la alegría de los Santos, el 8 de septiembre de 1984, se fue a recibir el premio de su meritoria vida.